

ESTOY SOLO

Quince días hace que partió, quince martirios que arteramente arrancárame del alma el optimismo triunfal que yo tenía.

Jamás había sufrido como con esta separación; por lo increíble, por lo artera, porque jamás mi corazón y mi cuerpo amaron tanto...

Marchar así, bruscamente, en pleno idilio... ¡Es horrible!

El último día que nos vimos, casi entero lo pasamos juntos ¡Cómo lloraba el amor mío!

Todas las formas del dolor expresó su llanto; a ratos en silencio, como si secretara íntimamente con su corazón; en instantes, *mirándome con ternura de madre*, figurándose tal vez mi futura soledad, ponía sus labios en mi frente, en mis manos y las besaba al par que se empapaba con la divina cascada de su besar continuo; otras veces la doliente fantasía arrastrábala a las tierras distantes donde darán sus plantas, y entonces gemía con rebelde inconformidad, y no me era posible acallar sus lamentos ni con la esperanza lisonjera del retorno, ni ocultando su cara en el cerco amorosísimo y paternal de mis brazos.

Tres ocasiones nos dijimos adiós, pero ya al separarnos se transfiguraba, como si creyera todo una mentirosa crueldad, volvíase desesperadamente y se pegaba a mi cuerpo toda ella rogándome que no la olvidara, que la quisiera siempre con la misma fe que la tuviera antaño. La ahogaban los sollozos continuados que surgían de sus entrañas; en algunos momentos no hablaba, porque no podía; sus ojos cerrábanse lastimosamente cansados; sus brazos laxos perdieron sus fuerzas y parecían muertos; y cuando miró en mi rostro el rictus de la más grande de las amarguras, y se abatió mi frente, antes erguida por el artificio de un resto de fortaleza,

entonces no pudo más, y como una paloma herida cayó sobre mis brazos.

Ya no puedo, Dios mío, me dijo como si rezaran sus labios, y cual una enferma febricitante descansó en mi pecho a la mansa y dulce rima de los besos míos que parecían orar.

Al fin, animándose y fingiendo una serenidad que Dios sabe no tenía, la dije: —Ya es tarde, es preciso que te vayas, te esperarán ansiosamente; el tren está para partir...

—Sí —me dijo con calma resignada y trágica—; ya es hora; —y luego, con rapidez, como quien resuelve el porvenir en un momento solemne, miró con mirada indefinible, de pasión dolorosa y tierna el lecho donde nos quisimos tanto toda una juventud; y luego me besó la frente, las manos, la boca; se abrazó con fuerza momentánea a mi cuerpo todo entero, y mirándome a los ojos me dijo: —Sé bueno, Lisandro mío; no me olvides, no me dejes...

Descorrió los cortinajes con brusco movimiento; medrosamente le abrí la puerta y salió. Cubrióse el rostro con un velo, y como una exhalación subió al automóvil.

A través de los cristales de mi balcón y de mis ojos, vi todavía que sacó su cabecita gentil por la portezuela, y tendiendo su mano me dijo adiós...

¿Será el último?

Quedé solo, completamente solo en esta casa, torre de marfil de mis tristezas.

Miréme al espejo maquinalmente; una transfiguración de mi rostro, rarísima, acusaba mi tragedia interna.

En la casa toda no se escuchaba ni el más suave murmurar.

No tengo ni un consuelo ni un reproche. En esta mi morada solariega nada existe que me impulse al bien ni al mal; es un arcón de ausencia, de silencio y de frío. Lo mismo a la mañana que en mis noches.

Todo lo bueno se fue; perdí todo lo bello.

¡Estoy solo! Vivo calladamente, recordando. La melancolía se ha adueñado de mi alma, y el alma de mis cosas está triste.

Con placidez de ensueño añoro mis quereres lejanos; las manos de mi padre, misericordiosas, que marcáronme la senda del trabajo y del honor; los besos de mi madre idolatrada, santos en la intención, piadosos y dulces sobre mi frente; los de ella mi noble ídolo, besos como rezos, como llamas, como ruegos, y sus

grandes lágrimas, rocíos engarzados en la felpa de sus mejillas como rosarios de ternura, de promesas y pasiones. . .

Todo he perdido, todo se fue. Y héme aquí solitario, cautivo de una tristeza muelle, persistente, que ha enmudecido mis algarradas, abatida mi frente antes erguida en desafío, y tornado en fatales suspiros, como lamentos, los de mis labios besos de ideal y de placer.

En esta mansión puede "oírse el silencio". Y, sin embargo, las cosas hablan; me hablaban de ella: ¡tantos días nos miraron juntos, como si fuera para siempre!

"Las cosas tienen alma que las guía", y el alma de estas que me rodean es la suya: su alma incomparable, exquisita, nobilísima, que en su fuerza amoratoria transmigró a estos cuerpos que, en su terca serenidad implacable, me cantan a coro en el corazón sus gracias florentísimas.

Aqueste espejo y aquél, y estas sedas quejumbrosas y estos linos ahora helados, antes cálidos, glorifican en mis recuerdos las victorias de su cuerpo; deleitosamente mío en el gallardo esplendor de sus formas. Aquel vaso tenue y aristocrático donde bebimos licores y besos para embriagarnos de felicidad, me recuerda su boca famosa que no supo desplegar sus labios sino para ensalzarme en ternezas. Y ese plumón de cisne y este lindo bacarat cuya esencia era hermana del aliento de su boca, sonríen sintiendo todavía la suavidad de sus manos de Gioconda que siempre andaban a la altura de mi boca, o coronando divinamente mi cabeza con sus finos dedos regios que en fruición de hada perdíanse jugueteando con mis cabellos. . .

Y el último libro de versos, el de "nuestro poeta", en hondo desconsuelo de nostalgia, allí está sobre el "buró", abierto en aquella página sublime:

*"La juventud se va; se van sus dones;
del placer quedan los amargos dejos,
de la pasión los desencantos viejos,
y del dolor las tristes emociones."*

(*La Tristeza del Amo*, Madrid, 1915).